



Maestro

Charla-Debate del CILE “Contrapunto: la lectura y la escritura desde el periodismo y la comunicación” (Panelistas: Marcelo Belinche - José María Ferrero - Martín Malharro) en el marco de la 3era Feria del Libro Universitario. Octubre de 2012.

Con sesenta años a cuestas y cuarenta de oficio, tengo más preguntas que certezas respecto a la escritura. Y cuando hablo de escritura, me refiero tanto al campo periodístico como al campo de la literatura. Básicamente yo empezaría diciendo que no he podido responder por qué uno escribe. No lo sé.

He realizado varias consultas con los maestros, y algunos me han dicho disparates interesantes, otros mentiras contemplativas, y al final uno llega a la conclusión de que no se sabe por qué se escribe.

No creo esa inmensa idiotez que dijo alguno, “uno escribe para levantarse minas”, que además se la robó a un autor español, se la durmió, se la fusiló. Uno no escribe para eso, en absoluto. Si yo pensara que Borges escribía para levantarse minas... es un disparate.

Pero por eso una vez le pregunté a Borges por qué escribía, y me dijo muy mentirosamente que los dioses nos han contado al oído historias para que nosotros después la deleguemos a nuestras generaciones futuras. Un disparate.

Después, me estaba tomando un café en Buenos Aires y se lo pregunté al querido Adolfo Bioy Casares que me dijo “notable la pregunta, no tengo ni la más puta idea”. Eso estuvo mejor, aunque nunca encontré una respuesta válida.

Por qué uno afanosamente se sienta de madrugada, de noche, tarde, a intentar escribir algo. Tal vez desde el periodismo y la literatura, y juntando estos dos, yo diría que uno escribe para contar una historia, porque después de todo, el periodismo y la literatura, no son otra cosa que contar historias, es el oficio de contar. Tal vez de dejar un rastro de uno para la posteridad, para el ego... uno nunca lo va a saber.


Pero sí sabe que cuando uno lo lee a Walsh o a Hemingway sabe que si ellos no hubieran escrito, nuestra vida estaría en algo incompleta.

Es un tema curioso este de la escritura, porque sin la lectura sería un ejercicio imposible. No solo no puede escribir bien alguien que no lee, sino que tampoco puede entender muchas cosas de la escritura si uno no lee a lo largo de su vida.

A mí me tocó en suerte un estudio que era el de mi padre, donde estaban los clásicos, y de un padre perverso, maligno, kafkiano, nos obligó a leer a mis hermanos, pero puso énfasis en mí. Ustedes imagínense a ese chico, en un pueblo pequeño, gris color ceniza, perdido en la llanura de Córdoba, con el único referente del mar en el horizonte lejano, un río medio perdido, lagunas de agua barrosa y las tardes de lluvia. Ese fue el agua que hubo en mi adolescencia. Y ustedes saben que si no hay agua no hay aventura, porque el reino de la aventura indudablemente es el agua, el mar.

Como no había mar, el único mar me lo traía el escritorio de mi padre. Yo ahí tuve suerte de descubrir, entre otros, a Stevenson. Y de alguna forma, cuando uno fue leyendo y se fue enamorando, de algunas formas también fue eligiendo su propio destino. Yo también quiero contar este tipo de historias. A los diecisiete años, la forma de contar ese tipo de historias es el periodismo. En ese momento, y creo que ahora también, el periodismo era una cosa lírica, lejana, y citando a mi padre era una cosa que si es tu vicación hacela pero te vas a cagar de hambre, o sea que estaba asociada con la idea de hambre. Con el tiempo, tuvo que admitir que era todo un error y que el periodismo realmente nos abrió las puertas.

Cuando pienso en el periodismo como modelo de escritura, también pienso en todos los colegas que me hecho en el camino, y si voy cada vez más atrás, aunque algunos no lo compartan,



uno descubre que el origen de la literatura argentina está en el periodismo. Porque los tres textos fundamentales y fundacionales de la literatura argentina fueron escritos por periodistas, *El Matadero* de Esteban Echeverría, *Civilización y Barbarie* de Domingo Faustino Sarmiento y el inmensurable *Martín Fierro* de José Hernández.

Cuando uno ve este panorama y ve todo lo que se ha ido desarrollando, uno empieza a entender que junto con el oficio de contar historias, nosotros también tenemos otro oficio, que es el de dejar testimonio. Y acaso la escritura sea eso, viene de “dejar un testimonio” no de nuestro paso por el mundo ni por la vida. Es dejar un testimonio de los tiempos que hemos vivido.


Enfocado desde este ángulo, yo les digo que es cierto que la escritura es un padecimiento horroroso porque siempre está la presión. Esa presión de que nosotros estemos a la altura del testimonio que estamos dejando, presión de que cada vez lo hagamos mejor y presión, en última instancia, de ser fieles a nuestro ideal de escritura.

Y si alguien me dice que escribe con placer, esa persona escribe boludeces o no le creo. Nadie escribe testimonialmente su época con placer. Porque indudablemente los testimonios suelen ser, tanto en el campo del periodismo como en el campo de la literatura, dolorosos ya que son vividos.

Cuando un periodista hace literatura la hace desde otro ángulo, desde otra perspectiva, desde esa que sabe, porque lo que está haciendo es un testimonio, y la venta masiva de este tipo de literatura ya no cumple ninguna función, porque tener éxito en este tipo de literatura es inusual.

La escritura como pasatiempo es fantástica, pero va a depender siempre de cómo uno se asome a la literatura, si es para dar testimonio, si es para dar una visión del tiempo que vivimos o es simplemente un pasatiempo.

Nunca concebí la escritura como la alegría del alma o el canto de la inspiración, en absoluto. Siempre escribir ha sido una necesidad, tan necesaria como la lectura, pero que ha estado siempre cargada de angustia, probablemente sea un masoquista, porque hay algo de masoquismo en la escritura, hay una urgencia.



Y a lo largo de la vida, hablando con autores buenos, es decir, que escriben bien, uno va descubriendo que hay un campo común en la necesidad de escribir y también, en la exigencia que comporta narrar, contar o testimoniar. Esta exigencia de hacerlo bien, que no tiene nada que ver con un estilo, sino de palabras simples, la frase precisa para que el lector pueda decir “no comparto, pero que está sanamente escrito” y escribir sanamente implica corresponderse con nuestro ideal de escritura.

Acabo de cumplir sesenta años, y voy a seguir leyendo, no hay otra forma ya de vida, y seguiremos escribiendo. Ignoro qué nos deparará el destino en la escritura, pero sí en la lectura, porque uno sabe lo que va a leer y va a releer nuevamente, como los clásicos del escritorio de mi padre, porque releer y entender qué fue lo que te marcó en la vida.

Uno a través de lo que lee va encontrando caminos, y se da cuenta de que la literatura además de ser un oficio es un ejemplo, la escritura es un ejemplo, el periodismo es un ejemplo. Cada uno elige sus héroes y con ellos, ejemplos de vida, después de todo uno quiere ser como ellos, quiere que le vaya como a ellos.

Cuando vemos este enorme mundo que tanto nos tiene para ofrecer, llega a la conclusión de que su destino está acá, porque ningún otro oficio jamás a mí me ofreció tanto. Yo nunca dudé ni de la literatura ni de la escritura ni del oficio.

Llegando a los sesenta uno se siente un poco hecho, y si bien no he llegado a escribir como Rodolfo Walsh ni ninguno de mis héroes, he sabido leerlos, he sabido tomar las clases que ellos me han dado en la escritura. Con esto les quiero decir a ustedes que no sé por qué uno escribe, no tengo ni la más puta idea, pero sí sé por qué leo. Y como la escritura es un arte mágico, a mí me gustaría seguir así, sin saber por qué escribo pero sí sabiendo por qué leo con el mismo énfasis, con el mismo amor y con la misma intensidad.

Martín Malharro